

34



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro

Los ocho tomos de esta importante obra que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículo

R. 3531110

12

65533

¿RELIGIÓN?

¡A LOS CURAS CON ESE EMBROLLO!

LA escena pasa en un café. Seis jóvenes del trueno, copa en mano y cigarro en boca, disputan sobre Religión, echando cada cual á competencia su parecer sobre tan vidriosa materia. En una cosa convienen todos, en que es antigualla de mal gusto y próxima á desaparecer, impropia de la juventud y del siglo, la más eficaz para hacer enojosa la vida, superstición de viejas, negocio de Curas hambrientos y qué sé yo cuántas otras cosas más.

—Señores, dijo por fin el que hacía veces de presidente, en aquella divertida asamblea; queda terminado este fastidioso incidente, y se pasa á la orden del día; hablemos del baile de ayer.

—¡Bravo! ¡bien! exclamaron á coro los camaradas palmoteando con entusiasmo. ¡Pues tiene razón! ¡á los Curras con ese embrollo!

Serio y meditabundo había escuchado en una mesa inmediata la conversión ó batahola descrita otro mozalvete apenas salido de la adolescencia. Vestía con atildado primor y cuidaba con delicia de pollo novicio los asomos de bigote que sombreaban apenas, más bien que cubrían, su labio superior. Acercóse risueño á la bulliciosa comitiva y díjoles saludando con despejo:

—¿Se permite, caballeros, una palabra?

—Cuantas quiera, amigo, repuso la turba, muy distante de sospechar el objeto de la interpelación.

—Se ha echado á los Curas ese embrollo de la Religión, y yo que no soy Cura ni tengo vocación ni facha de tal, vengo á sacar la cara por ella.

Enmudecieron los seis, y miraron de piés á cabeza al aparecido.

—Vaya en gracia, dijo por fin el más desvergonzado, empiece el sermón.

—Que no será tal, repuso el desconocido, sino breve perorata de un dependiente de comercio, acostumbrado más que á frecuentar clases, á medir varas de tela en el mostrador.

—¿Esas tenemos? Acabe, acabe luego el hermano neo, y conviértanos á toda prisa de nuestra mala vida y déjenos en paz.

—Pues digo, compadres y amigos

míos, que ese embrollo de la Religión, como decían hace poco Vds., debe de ser un embrollo de todos los diablos.

—De fijo.

—Ciertamente; porque si fuera cosa de poco más ó menos y que á nadie le importase un bledo, nadie á buen seguro se ocuparía en ella. Y Vds. mismos por lo visto la miran con algún interés, porque hace poco gastaron en despacharse contra ella no poco pulmón y saliva.

—Es verdad, pero insistiendo en que ninguna persona formal debe hacer caso de semejantes tonterías.

—Lo cual Vds. mismos estaban contradiciendo con su ejemplo, pues tres cuartos de hora han estado, ó poco menos, ocupadísimos en este asunto. A no ser que no se tengan Vds. por gente formal, lo cual no es de suponer.

— ¡Caballerito!

— Soy moro de paz y retiro la frase si pudo parecer ofensiva. No hacía más que sacar aplicaciones prácticas de lo sentado por Vds. Pero volvamos á la cuestión. Tenemos que ese embrollo de la Religión trae preocupados no sólo á los Curas y viejas, sino á los jóvenes ilustrados, flor y nata de los salones, como Vds. deben desear. Solamente que los primeros y algunos más andan ocupados en seguirla y profesarla, y Vds., amigos míos, en ridiculizarla y combatirla.

— Es verdad.

— Lo cual prueba que á todos merece ese embrollo algún rato de atención, á unos para practicarla y defenderla, á otros para procurar por todos los medios su desprestigio. Ahora bien. ¿Quieren Vds. oírme una palabrita más, sin enviarme padrinos á pedir

satisfacción por la injuria? porque hago saber á Vds. que soy mal tirador de florete ó de pistola.

—Chistoso está el sacristán; diga esa palabrita que tanto nos ha de escocer.

—Es que tal vez les haga á Vds. saltar del asiento.

—Suéltela, caracoles, de una vez, y no sea cansado y remolón.

—Pues digo, señores, que nosotros hablamos á todas horas de Religión porque la amamos. Ustedes ¡y óiganme bien! Vds. hablan de ella á todas horas porque ahí les pica.

Una bomba que hubiese estallado de repente en medio del salón no hubiera producido en los seis atolondrados el efecto de esta palabra, lanzada á sus rostros por el imberbe con firmeza y convicción, pero también con calma y serenidad imperturbables. Le-

vantáronse instantáneamente los seis como si una chispa eléctrica hubiera hecho estremecer sus nervios, y sin duda por respeto al sagrado del lugar y á los fueros de la discusión no volaron al aire en dirección al novel orador copas y bñtellas. Cerrados los puños y encandilados los ojos, gritaban á la vez como energúmenos. A bien que entre sus apóstrofes é invectivas se dejaba oir clara y valerosa la voz del apologista popular, que sonriendo les contemplaba, hasta lograr de nuevo imponérseles y obtener un poco de silencio.

—Sí, señores, lo dicho, la detestan ustedes y la blasfeman á todas horas á la Religión porque les pica, sí, señores, porque les pica. Y díganme á la verdad, señoritos míos, ¿dónde ha de rascarse y lamerse cada cual sino donde le pica? Y eso de la Religión,

continuó, les pica á Vds., señores incrédulos, de muchas maneras. ¡Vaya! ¡también eso quieren Vds. saberlo? Pues también se lo diré, y aguanten, que luego á sus anchas se podrán desquitar.

Les pica á Vds. en primer lugar, porque es el rejalgar que sin cesar les roe las tripas. Quisieran Vds. vivir á su antojo, sin Dios y sin ley, y la Religión les acosa á todas horas con estas palabras: ¡Hay Dios! ¡Hay ley! Palabras que bien se pueden despreciar, pero que no se logra hacer enmudecer. Son la gota de hiel que se les mezcla á Vds. en todas sus criminales satisfacciones; son la nube fatídica que enturbia sin cesar sus más despejados horizontes. ¡Hay Dios! ¡Hay ley! Y lo que tras esto sigue y que á ningún hombre de razón se le puede ocultar. ¡Si hay ley es para que sea rigurosa-

mente observada! ¡Si hay Dios es para que haga justicia tarde ó temprano contra sus infractores! Verdad que es duro trance tener que aguantar sin tregua ni reposo este fantasma incansable que les persigue, no poderse sacudir nunca de encima esa negra pesadilla que les agobia. Dios y la Religión, que son el consuelo de nuestra vida, son el tirano implacable de la de Vds., y la misma razón que tenemos nosotros para amarlos entrañablemente, la tienen Vds., dada su especial situación, para entrañablemente aborrecerlos. He aquí, pues, por que mohinos y malhumorados echan muy enhoramala á los Curas y á las viejas ese embrollo de Dios y de la Religión. Claro, claro. Porque les molesta y nada más. Rásquense, pues, si les pica ahí.

Algo les debe picar también (y per-

donen) el contraste que ofrecen los buenos creyentes con el que suelen ofrecer Vds., señores míos, que tienen á gran honra no contarse en esta grey. Ya se ve: ellos, los que de veras lo son, modestos, llanos y sencillotes; ustedes picados de vanidad y arrogancia, llenos de humos y fantasía. Ellos castos y limpios en sus costumbres; ustedes libres y retozones y revolviéndose como en su elemento en la inmundicia. Ellos caritativos y afanosos por aliviarle al prójimo cualquier necesidad; Vds. egoístas y regalones sin tomar ni darse cuidado más que por sus conveniencias y placeres. Ellos tranquilos y resignados en la hora de la tribulación, porque saben que nada les acontece que sea sin permisión de Dios; Vds. rabiosos y desesperados y dándose á todos los diablos por cualquier friolera que contradiga sus sober-

bios antojos. Ellos sin miedo á la muerte ante la perspectiva de una dicha sin fin que les guarda su Padre que está en los cielos; Vds. sin otro horizonte que las incertidumbres del escepticismo ó el vacío de la nada ó el remordimiento de una próxima cuenta final, que quieras no quieras, se ha de pedir y se ha de dar. ¡Ah, caballeros! Aun bajo el punto de vista de la sola humana conveniencia y del solo bienestar es más cómodo ser cristiano que ser despreocupado. Más de cuatro veces he dado en pensar que la mitad de los rencores que se tienen contra los fieles discípulos del Evangelio son pura envidia y nada más. ¿Habré puesto el dedo en la llaga, señores míos? Pues, llévenlo en paciencia, y déjenme continuar.

No les pica menos, señores míos, la Religión por lo que les desespera su

invencible é inviolable intransigencia. Todo se doblega menos ella á los humanos caprichos. Las instituciones, más firmes llegan á ser de flexible alambre, dóciles á cierta clase de insinuaciones, dúctiles y amoldables á la recomendación ó á la exigencia. El oro las corrompe, el halago las ablanda, la audacia las intimida. La Religión es piedra de granito contra la que se estrellan sin remedio los que se empeñan en dar de cabeza contra ella. Ni la modifican corrientes políticas, ni la atenúan respetos humanos, ni la harán decir una cosa por otra promesas ni amenazas. Sus ministros, flacos pueden ser alguna vez; ella es dura como una peña. Como la dictó al mundo Jesucristo, eso es y nada más. No se da pena porque guste ó no guste, porque cuadre ó no cuadre, porque repugne ó no repugne á intereses del

momento. Es inmutable porque es eterna. Los sucesos y las ideas todas del mundo, son los que deben subir á ponerse de acuerdo con ella, no ella quien deba jamás bajar de su pedestal á ponerse de acuerdo con nadie. Si algo con ella choca, señal cierta que ese algo que choca con ella anda fuera de su natural carril. Por esto sostenemos hoy, y es la verdad, que Vds. y la mayor parte del mundo actual andan miserablemente descarrilados.

También les pica por fin á Vds. ¡pero atrocemente! lo segura que anda la Religión de su propia inmortalidad. Lo dice siglos ha, y siglos ha que lo prueba. A semejanza de aquel filósofo que contra los sofistas demostraba el movimiento moviéndose; así ella contra los impíos de todos los siglos demuestra la seguridad de su vida viviendo. La quisieron enterrar en el

siglo primero, y en el segundo, y en el tercero, y en el cuarto, y en todos hasta el actual, y ella, tan fresca y tan llena de salud, sin decidirse jamás á morir. Voltaire y los filosofastros del siglo pasado habían extendido en toda regla su partida de defunción. Ni por esas; murieron los officiosos sepultureros, y ella siempre en pie. Caballeritos, recia cosa es, pero ese embrollo de Curas y viejas lleva trazas de durar hasta hacerse pesado de sobra. ¿Verdad que sí? Y no es que no se procure acelerar la muerte á ese moribundo de siempre, dándole toda clase de mala vida. ¡Ahí es nada lo que se le molesta y atropella! ¡Ahí es grano de anís lo que se le procura sitiarse por hambre y sed, negándole hasta si posible fuera el aire para la respiración. Pero ¡ca! Todo en vano. Uno tras otro van desfilando sus ene-

migos y opresores, y uno tras otro se hunden en el abismo de la eternidad, y ella... ¡esa vieja ruína, siempre desmoronándose y nunca acabándose de desmoronar! ¡ese achacoso enfermo, siempre moribundo y nunca acabándose de morir! Se comprende, señores míos, que les cause á Vds. murria y desazón ese empeño que tiene de vivir lo que todos Vds. esperan ver muerto á cada minuto. Pero, ¿cómo ha de ser? Pique ó no pique, es preciso acostumbrarse á la molestia, y á quien le pique que se rasque, como enseña siglos ha un caritativo refrán. He dicho, señores; y vean si se ofrece otra cosa de particular.—

Y cogió su sombrero y saludó con desenvoltura, y dando media vuelta salióse gallardamente del café. Largo rato siguió todavía comentándose en él aquella singular ocurrencia. Todos

fueron de parecer que el muchacho prometía ser ultramontano de cuenta, pero nadie dejó de confesar en sus adentros que hasta los ultramontanos suelen también más de cuatro veces tener razón.

A. M. D. G.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR

por el mismo Autor.

- 1 La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—A 6 cénts.
- 2 Ayunos y abstinencias: La Bula.—A 6 id.
- 3 El matrimonio civil.—A 9 id.
- 4 El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—A 9 id.
- 5 El purgatorio y los sufragios.—A 8 id.
- 6 El culto de San José.—A 5 id.
- 7 El culto de María.—A 8 id.
- 8 El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.—A 20 id.
- 9 El culto é invocación de los Santos.—A 8 id.
- 10 Efectos canónicos del matrimonio civil.—A 10 id.
- 11 Misterio de la Inmaculada Concepción.—A 6 id.
- 12 El púlpito y el confesonario.—A 13 id.
- 13 El Padre nuestro.—A 15 id.
- 14 Las penas del infierno.—A 15 id.
- 15 La gloria del cielo.—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Calsals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona.—1899.